

LA BALLENA DEL MANZANARES O EL BARBO DE UTERO:
TESTIMONIOS DEL CUENTO TRADICIONAL EN EL SIGLO XIX

*Montserrat Amores**

Los vituperios y chirigotas que se cuentan para chancearse unos pueblos con otros es uno de los procedimientos más comunes y frecuentes en la narrativa de carácter folclórico. Algunos escritores del siglo XIX que recogieron y cultivaron el cuento folclórico usaron o comentaron en alguna ocasión esta costumbre popular. Así, por poner algunos ejemplos, Braulio Foz señala en varias páginas de su novela *Vida de Pedro Saputo* de 1844, cómo varias de las cuchufletas que se atribuían a los almudevanos también se contaban de otros pueblos altoaragoneses y españoles. El escritor satírico Juan Martínez Villergas utilizó el fenómeno como tema central de su artículo "La Nava del Rey" (1845), para atribuir a Nava del Rey, Alaejos y Medina del Campo algunos cuentos y anécdotas de raíz folclórica. Por su parte, la escritora Fernán Caballero creó a partir de esta manifestación parte de su cuento "Una paz hecha sin preliminares, sin conferencias y sin notas diplomáticas" (1859), en el que se "reproduce" el diálogo entre chiclaneros, conilenses, vejeranos y medinenses echándose pullas entre sí.

Existe en la tradición un cuento folclórico usado para tales fines. Gira en torno a la confusión, por parte de los habitantes de un pueblo, de un objeto extraño que se divisa en el río con una ballena, barbo o pez enorme, y que resulta ser una albarda o un madero. El asunto se relaciona claramente con el tipo internacional 1315 "El árbol grande confundido con serpiente. Lo matan con fusiles y lanzas"¹. Según las palabras de Gonzalo Correas, dicho relato ha sido atribuido no sólo a la villa de Madrid desde antiguo, sino al pueblo zaragozano de Utebo, y al extremeño de Berlanza².

Aplicado a los madrileños debe considerarse cuentecillo tradicional, según la terminología de Maxime Chevalier³. Se atribuye desde antiguo a éstos para burlarse de su sandez y del escaso caudal del Manzanares. Por ello, ya en los Siglos de Oro se conocía a los madrileños con el sobrenombre de ballenatos⁴. Chevalier recoge el testimonio en algunas obras de Lope de

* C/ del Puig Major, 3, 2º, 08207 Sabadell, Barcelona.

¹ Según el catálogo internacional de tipos de cuento de la escuela finesa de Antti Aarne y Stith Thompson, *Los tipos del cuento folclórico. Una clasificación*, tr. al español de Fernando Peñalosa, Helsinki, Suomalainen Tiedekatemia-Academia Scientiarum Fennica, 1995.

² "En Valverde, moquillo verde; en Berlanza, lanza y Albarda".

(...) En Berlanza dicen que salieron a alancear una albarda, entendiendo que era ballena; lo mismo se dice de otros lugares, dándolos vaya, con fingido cuento" [Correas, Vocabulario, p. 130a]

³ Véase Maxime Chevalier, *Folklore y literatura. El cuento oral en el Siglo de Oro*, Crítica, Barcelona, 1978, especialmente pp. 39-60, y *Cuentecillos tradicionales en la España del Siglo de Oro*, Gredos, Madrid, 1975.

⁴ Así ocurre en un pasaje de *Desde Toledo a Madrid* de Tirso de Molina, en el que un carretero dice en son de burla: "Ballenatos, ¡la ballena!"
que se escapa río abajo"

Vega, Desde Toledo a Madrid, de Tirso de Molina, la Vida de Marcos Obregón, de Vicente Espinel, y las Jornadas Alegres, de Alonso de Castillo Solórzano.

Dos autores del siglo XIX recogen este cuentecillo tradicional, aunque con trama argumental diferente y distinto tratamiento, aplicado a los habitantes de Madrid. Antonio Fernández y Rodríguez expone muy brevemente el cuento en un artículo dedicado a "La calle de Segovia", que publicó la revista el Semanario Pintoresco Español en 1857 (pp. 284-285). Por otro lado, el escritor vasco Antonio de Trueba escribió su propia versión del cuento con el título "La ballena del Manzanares", que publicó en el volumen de Cuentos Populares de 1862. Hace alusión a él en otra de sus narraciones titulada "El ruiñeñor y el burro", incluida en Narraciones Populares de 1874, y discute el posible origen de la chanza en algunas páginas del ya citado Madrid por Fuera.

Por otra parte, existen tres testimonios también del mismo siglo aplicados a los habitantes de la villa zaragozana de Utebo. El primero apareció en 1855 en el Semanario Pintoresco Español, con el título "El barbo de Utebo, cuento popular" y firmado por J.A. El segundo fue publicado en El Averiguador Universal el 15 de febrero de 1882 y su autor es Romualdo Nogués y Milagro. En 1897, el escritor aragonés Mariano Baselga escribió su personal versión literaria con el mismo título, y fue publicado por primera vez en 1901 en la Revista de Aragón (nº 1-4, pp. 2-5, 33-36, 65-69, 101-103).

Existen, además, algunas diferencias no muy importantes entre la chanza aplicada a los madrileños y la que se aplica a los Utebanos. Para los primeros la confusión puede crearse, o bien al confundir una albarda con una ballena, según la mayoría de testimonios, o bien al creer que baja por el Manzanares una ballena cuando los madrileños oyen que alguien grita "¡Va llena!", refiriéndose a una cuba de vino. En ambos casos, sirve, además de para chancearse del candor de los madrileños, para burlarse del escaso caudal del río. No ocurre esto último, evidentemente, en el caso del río Ebro, donde aparece cierto día un objeto extraño que es confundido por los habitantes de Utebo con un enorme barbo y que resulta ser, no albarda, sino un enorme madero que estaba enclavado en el fondo del río.

La comparación de las diferentes versiones recogidas en el siglo XIX de este cuento folclórico mostrarán las diferentes actitudes de los autores ante este fenómeno de carácter folclórico. Además, presentará diferentes

o bien en Al pasar del arroyo de Lope de Vega, testimonio reproducido por Antonio de Trueba en Madrid por fuera (Agustín Jubera, Madrid, 1878, p. 114):

ISABEL: Allá con la bajareña
que en el estribo llevó,
hable el pícaro, que yo,
soy cortés y madrileña.

MAYO: Ballenata no dirá?

ISABEL: Con mucha honra, belitre." (p. 114)

modos de recreación literaria, bien ampliando la trama o presentando sucintamente la anécdota, dependiendo de la intención literaria del autor.

Antonio Fernández y Rodríguez hace una exposición breve pero a la vez detallada del cuentecillo tradicional, relacionándolo con el Puente de Segovia. En "La calle de Segovia", el autor hace un recorrido por esta rúa madrileña, deteniéndose en los rincones más destacados o en aquellos detalles que recuerdan acontecimientos históricos ligados a la villa. Señala además sus transeúntes más habituales: lavanderas y maragatos con sus machos que cargan en sus albardas toda la mercancía para vender. Y, a colación, refiere el cuento que oyó en la niñez:

Corre de boca en boca, que cuando el río Manzanares era más rico que lo es ahora, y Madrid estaba muchísimo menos poblado que en la actualidad, observaron los habitantes de las anchurosas y alfombradas riberas del Manzanares, que venía sobre sus aguas un cuerpo que ora nadaba, ora se zambullía, siguiendo al mismo tiempo el impetuoso curso de su corriente⁵.

Unos creían que se trataba de un "lobo marino", otros de un "barbo descomunal", otros de una "tenca criada entre las nieves del Guadarrama". Finalmente, cundió la opinión de que se trataba de "una ballena de leche, que había perdido la compañía de su madre y venía huyendo por el caudaloso Manzanares" (p. 284). De modo que, creyendo los madrileños que quien pescaba una ballena se hacía rico, y "movidos sin duda por la codicia", se agolpó mucha gente con redes, cañas y balsas para pescar a la pretendida ballena. La noticia, además, corrió tan deprisa y tuvo tantos prosélitos que hasta el alcalde quiso presenciar la pesca. Finalmente, cuando lograron detenerla en el Puente de Segovia, descubrieron avergonzados que se trataba de una albarda de maragato.

El autor continúa explicando que, a pesar de ello, hubo gentes que creían que se movía al sacarla a la orilla, y otros que aseguraban que se había escapado río abajo. Esta última suposición será también, como veremos, utilizada por Mariano Baselga.

No obstante, la intención de Fernández y Rodríguez al reproducir el cuento, no es la que mueve al pueblo a referirla. El autor no se burla de los madrileños contando esta cuchufleta sino que los disculpa:

Sobre esta tradición, que aun dudando de su veracidad, debe tener algún fundamento, ha habido grandes cuestiones entre el vulgo de Madrid y los forasteros, que a cada paso cuentan esta historia como para burlarse del honrado madrileño. Pero yo, dejando para otro el rebatir o apoyar este aserto, diré como el célebre Espronceda:

"Y si lector dijeres ser comentario
como me lo contaron te lo cuento"

No puedo afirmarlo ni negarlo, ni creo tampoco que esta historia degrade al pueblo de Madrid, antes por el contrario, demuestra la candidez y sinceridad de sus antiguos pobladores. Yo sólo lo saco a plaza para que mis lectores

⁵ Semanario Pintoresco Español (1857), p. 284. En adelante se citan las páginas de esta versión.

formen una idea del aparato que ponen los maragatos a sus mulos, que en lenguaje técnico se llama albarda (p. 285).

Antonio Fernández y Rodríguez se considera simple transmisor del relato oral, haciéndose eco del final formulístico de *El Estudiante de Salamanca*. No adopta la misma posición ante el relato Antonio de Trueba, que se burla abiertamente de los madrileños aprovechando el cuentecillo. Como advertí más arriba, Trueba trata en tres ocasiones de este cuentecillo tradicional aplicado a los madrileños. Y es justamente por ello que esta trama argumental resulta muy interesante para advertir el modo de reelaborar de este escritor. El cuento, que apareció en los *Cuentos Populares* (1862) debe considerarse la versión reelaborada de "La ballena del Manzanares" que en 1878 incluye el autor en Madrid por fuera al tratar del río madrileño. El narrador advierte que reproduce el relato tal y como se lo refirieron. Por ello, es mejor copiar ahora esta versión, aunque sea extensa. Dice así:

La famosa ballena del Manzanares es para mí un mito muy elocuente. Antes de explicar este mito voy a resumir en pocos renglones lo que de la tal ballena averigüé en otro tiempo y conté en otro libro.

Allá hacia el reinado del señor D. Felipe II, un ingenioso industrial madrileño vio que todos los días parecía un jubileo el camino de tres leguas que separa a Madrid y Móstoles, con las muchas gentes que iban a aplicar el hocico a la taberna de los famosos órganos. (...). Y el industrial madrileño, que era listo como un demonche, dijo para sí: "Si yo pongo, por ejemplo, en la puerta segoviana una sucursal de los órganos de Móstoles, (...) hago un negocio lucrativo". Y dicho y hecho, puso una gran taberna allende el puente de Segovia en una hermosa pradera (...).

Como le desocupaban muchas cubas y la barraca en que se había establecido no era grande, colocaba las cubas vacías en la pradera. Un día, víspera de San Isidro, empezaron, según costumbre, a mojársele las polainas al Santo labrador con una tormenta que estalló primero hacia el Prado, y arrojó sobre la cuenca del Manzanares un repentino y verdadero diluvio. El Manzanares creció tanto y con tal rapidez, que invadió la pradera, y por más que el tabernero anduvo listo, le llevó algunas cubas.

Vivía a la sazón en Madrid un tal Alvar, tan novelero y amigo de averiguar lo que no le importaba, que si entonces hubiese habido Gacetas, le hubiesen llamado la Gaceta del lugar. El tabernero iba por la orilla del Manzanares haciendo desesperados esfuerzos para detener sus cubas, y como éstas se acercasen a la orilla opuesta y viese por allí unos borrachones parroquianos suyos, les gritó que detuviesen las cubas; pero los borrachos no le hicieron caso. Entonces el tabernero dijo para sí: "si les hago creer que va llena una de ellas, las detienen todas (...)". Y pensando se puso a gritarles:

¡Una va llena! ¡una va llena!

Alvar, que desde las alturas de San Francisco espiaba a las orillas del Manzanares (...) oyó las voces del tabernero, y dando por supuesto que en el Manzanares había aparecido una ballena, corrió por todo Madrid pregonando a voces tan estupenda nueva.

Creyéronla los madrileños, y armáronse de toda clase de instrumentos cortante, punzantes, y contundentes, echaron a correr hacia el río para matar el enorme cetáceo. Alvar, más curioso que ellos, los había precedido, y encontrándose con el tabernero, le preguntó:

—¿Dónde esta la ballena?
—¿Qué ballena? —repuso el tabernero admirado de la pregunta.
—La que has dicho que iba por el río.
—Yo no he dicho tal cosa.
—Pues qué, ¿no te he oído yo desgañitarte gritando: ¡una ballena! ¡una ballena!
—Sí, pero quería decir que una de las cubas que me lleva el agua, una va llena.
Al oír esto, Alvar se puso hecho una tigre hircana (...). Y enarbolando un garrote que llevaba en la mano empezó a dar de palos al tabernero porque no distinguía la B de la V.
En aquel instante daban vista a la ribera los primeros madrileños, y como los que venían detrás oyese los palos que daba Alvar y no vieses quién los daba, preguntaron a los que alcanzaban a ver la paluquina:
—¡Quién da? ¿quién da?
—Alvar da, Alvar da, —les contestaron.
La frase "Alvar da" empezó a circular por la muchedumbre convertida en "albarda", y el pueblo madrileño se volvió a sus hogares convencido de que debía llevarla, puesto que había creído fuese una ballena una albarda que arrastraba el Manzanares.
Tal es en resumen lo que averigüé yo en otro tiempo y conté en otro libro acerca de la famosa ballena del Manzanares (...) (pp. 110-113)

Sólo Antonio de Trueba se hace eco de esta variante del cuentecillo tradicional. Los testimonios de los Siglos de Oro, y la versión de Antonio Rodríguez y Fernández, coinciden en relatar o hacer referencia a la anécdota de modo parecido concurriendo con la que se refiere sobre el barbo de Utebo. Si no fuese por este comentario de Trueba, que asegura reproduce lo que le contaron, bien podría pensarse que el autor alteraba la trama del cuento al escribir "La ballena del Manzanares".

No obstante, la versión más breve sirve para dar cuenta de la ampliación que llevó a cabo Trueba en 1862. El autor divide el relato en dos partes y lo inicia haciendo referencia a la moral del cuento, tomando desde el principio una actitud burlona y cruel contra el pueblo en general y los madrileños en particular.

La moral de este cuento es que lejos de ser cierto aquel latinajo vox populi, vox Dei, el pueblo es un bobalicón que comulga con ruedas de molino y de una pulga levanta una mula. Veán ustedes si en los cuentos cabe moral, a pesar de que dice uno de los héroes de Fernán Caballero que son reideros y nada más. ¡Reideros! porque lo fuera éste daría yo toda la moral que contiene⁶.

Trueba hace referencia aquí al final del cuento de Fernán "Las ánimas" que se publicó en los Cuentos y poesías populares andaluces, en 1859. Trata de bobalicón al pueblo, sin duda porque se trata del pueblo de la ciudad. No sitúa su relato en tiempos de Felipe II, como hace en Madrid por fuera y describe el lugar donde tenía el cosechero su despacho de vinos y su bodega, y el método mediante el cual pasaba el vino por debajo de la

⁶ Antonio de Trueba, Cuentos populares, Librería de Antonio Rubiños, Madrid, 1866. En adelante se citará por esta edición.

plaza mediante tuberías desde la bodega al despacho. Comenta también cómo en días de fiesta el camino de Madrid a Móstoles se convertía en una romería

También desarrolla mediante monólogos interiores las cábalas del alfarero de Alcorcón para colocar su puesto de jarras y pucheros en el camino. Califica el despacho de vino de "ermita del dios Baco", ya que de romerías se habla. Asimismo, un monólogo interior muestra al lector la decisión del cosechero de Móstoles, que se decide finalmente a colocar una "sucursal" de su bodega en el puente de Segovia. Se trata del mismo lugar en el que ocurre la anécdota en la versión de Fernández y Rodríguez. Además, Trueba incide de nuevo en la explicación de los mecanismos por los que se distribuye el vino, e introduce una nueva broma:

Los parroquianos decían que desde que se estableció la sucursal un poco más abajo del puente de Segovia, el río llevaba menos agua que por el puente de Segovia por el puente de Toledo; pero eh, ¿quién hace caso de borrachos! (p. 135)

Y así acaba la primera parte en la que se narran pormenorizadamente todos los prolegómenos de la anécdota, algunos de ellos innecesarios.

La segunda parte se inicia con la presentación del tercer personaje de la historia: Alvar, el gacetillero. Trueba se detiene en la descripción del lugar donde vivía, y su principal ocupación:

Alvar era la verdadera gacetilla de la villa: no había incendio, ni asesinato, ni robo, ni paliza, ni casamiento, ni bautizo, que él no supiera antes que los incendiados o los asesinados, o los robados, o los apaleados, o los casados, o los bautizados.

Dar el primero una noticia triste o alegre era para Alvar la felicidad suprema (p. 135)

Hasta pasada la mitad del cuento no se inicia la narración propiamente dicha del cuentecillo tradicional. Tal y como ocurre en la versión de Madrid por fuera, los acontecimientos tienen lugar en la víspera de San Isidro, aunque en este caso introduce algunos detalles de invención propia con la finalidad de ampliar la caracterización de Alvar: había predicho que no llovería pero los madrileños pusieron en dicho el pronóstico, lo cual ocasionó un enorme berrinche al "gacetillero".

Se describen detalladamente las acciones desesperadas del cosechero por salvar las cubas vacías que se llevaba el río por efecto de la riada. El mismo procedimiento utiliza para señalar cómo ideó el vocear que una cuba iba llena con la intención de que alguien se echara a rescatarlas. Además, el narrador dispone a Alvar colocado en la ventana de su casa, observando todo lo que ocurría, y exagera desmesuradamente la reacción de los madrileños ante la noticia de la aparición de una ballena en el río:

Y el pueblo de la coronada villa del oso, armado de escopetas, de redes, de hachas, de ganchos de traperos, de piquetas, de espadines, de agujas de la enjalmar, de leznas, de cuchillos, de navajas de Albacete, de navajas de afeitar,

de sierras, de demonios colorados, aflúa en inmenso tropel, estrujándose, y pisándose y despachurrándose hacia el Manzanares, cuyos bufidos creía ser los del enorme cetáceo (p. 138).

El resto se desarrolla de modo muy parecido y casi con las mismas palabras que en la versión de Madrid por fuera. Sólo añade Trueba este final mucho más contundente y, sobre todo, más crítico con respecto al gacetillero y a los madrileños, al recordar las palabras del principio:

Y cuentan que el mismo Alvar formó desde aquel día tan pobre idea de sí propio que cada vez que oía a las verduleras de Leganés, decir: ¡Arre, borrico! lo tomaba por una alusión personal.

No sin razón sospechábamos que pudiera convenirle la paja con que va techado este cuento, cuya moral es, lo repetimos, que lejos de ser cierto aquel latinajo vox populi, vox dei, el pueblo es un bobalicón que comulga con ruedas de molino y de una pulga levanta una mula. (pp. 139-140)

De la versión sintética a la versión más reelaborada la gran diferencia se halla en la ampliación de los prolegómenos que anteceden a las acciones del cuento folclórico propiamente dicho.

La diferencia entre la versión de Antonio de Trueba y la que presenta los testimonios antiguos y el de Antonio Fernández y Rodríguez es considerable. En la anécdota que oyó Trueba, el chiste viene provocado por la confusión de palabras, se trata de un chiste puramente lingüístico, y no por la de objetos. Es el oído, y no la vista, el sentido que produce el enredo. Además el chiste se desarrolla en dos partes bien diferenciadas, "una va llena" y "Alvar da", perdiendo la unidad del cuento original.

La actitud de Trueba ante el cuentecillo es totalmente diferente a la de Fernández y Rodríguez, e incluso a la utilización que del chascarrillo se hacen en las versiones antiguas de Lope de Vega, Tirso de Molino, Quevedo, Espinel y Castillo Solórzano. El primero indica que la reacción de los madrileños se debe al candor. Las versiones antiguas lo recuerdan en tono de chanza, sin ninguna intención maligna. Trueba se burla, rozando el sarcasmo, de los madrileños y del Manzanares. Esa es la sensación que se desprende de la lectura de las páginas que dedica al cuento en Madrid por Fuera, pues no sólo reproduce el cuentecillo sino que intenta dar una explicación lógica a la fama del Manzanares y a lo ocurrido en él, destruyendo todo tipo de elogios.

Hase aconsejado a Madrid que compre río o venda puente; se ha dicho que el mayor caudal de agua del Manzanares procede de las lágrimas que lloran los ojos de sus puentes al verse casi sin objeto alguno; y por último, es cosa averiguada que las bolas con que el señor don Felipe II (que tenía la intención de toro) decoró su puente segoviana, significan que la puente y el río son pura bola.

Y todas estas burlas del Manzanares son merecidísimas, porque, como no sea cuando se derrite la nieve de su tierra, es incapaz de ahogar a un pollo. (p. 108)

Recuerda a continuación cómo el licenciado Jerónimo de Quintana recordaba que "Juan de Rhebner, embajador del emperador Rodolfo II de Alemania, le había dicho que el Manzanares era el mejor río que había en toda Europa, porque se podía ir por medio de él tres o cuatro leguas en coche y a caballo de que sin peligro alguno se ahogara" (p. 109). El narrador señala entonces que nadie cayó en la cuenta de que mientras el tudesco "tiraba también su cantazo al Manzanares (...) el buen licenciado creía que le tiraba flores!" (p. 109).

Y es que para Trueba el cuentecillo de la ballena debe interpretarse como "mito de la bombolla y falsedad cortesana y aún de la bobería madrileña, que cree todo lo que no debe creer" (p. 114). Leyendo entre líneas, ello es aplicable a todas las ideas políticas que desde la corte se propagan y que, según Trueba, el pueblo madrileño cree a pie juntillas. Si no fuera así no surgiría el siguiente comentario:

En la corte de un rey como Madrid era antaño, (no de muchos reyezuelos como lo es ahora) donde constantemente juega la tramoya política, lo que parece oro es oropel, y lo que parece una ballena es una albarda de burro (p. 114).

Las tres versiones aragonesas del cuento siguen el relato tal y como suele desarrollar la tradición. No obstante, son totalmente diferentes en su tratamiento. Quizá valga la pena en este caso reproducir la más breve aunque no corresponde cronológicamente con su aparición. Se trata de la sucinta noticia que Romualdo Nogués y Milagro reprodujo en *El Averiguador Universal* el 15 de febrero de 1882, (p. 35), y que dice así:

Pescando con caña en el Ebro uno de Utebo, creyó que algún barbo colosal había picado en el anzuelo, cuando, a pesar de ser hombre de bríos, no podría sacarlo. Llamó en su ayuda a los vecinos del pueblo; acudieron todos con cuerdas y ganchos, y tantos esfuerzos hicieron, que arrancaron del fondo un enorme madero. El que quiera que le calienten las costillas los de Utebo puede preguntarles: —¿Y el barbo?

Como suele hacer el autor al reproducir chistes y anécdotas de carácter local, Nogués y Milagro opta por la brevedad. Se pierde con ello, no obstante, algunos detalles que sirven para potenciar la necedad de los Utebanos, ya que nada se dice de la expectación creada, además de atribuir la facecia a un caso de pesca, cuando en las otras versiones decimonónicas obedece al descubrimiento por parte de los utebanos de un objeto colosal en el río. No obstante, como se verá, esta cuchufleta atribuida a los habituales del pueblo disiente en algunos detalles de la de los madrileños.

En 1855 apareció "El barbo de Utebo (cuento popular)" en el *Semanario Pintoresco Español* (pp. 259-260). Lo firma J.A. No he podido averiguar nada sobre el autor que se esconde bajo estas iniciales. Simón Díaz no lo identifica con ningún colaborador del *Semanario* conocido. No

⁷ Reproducido en José M^a Iribarren, *El porqué de los dichos*, Gobierno de Navarra, Departamento de Educación y Cultura, Pamplona, 2000, duocédima edición, p. 159.

obstante, podría tratarse de Julio Alvarez y Adé, que publicó también en la revista entre 1855 y 1857 dos artículos titulados "El arco de Toledo en Zaragoza" y "Los montañeses de Aragón", ambos artículos sobre descripción y costumbres aragonesas.

La versión de J.A. presenta varias noticias curiosas que no he conseguido corroborar. En primer lugar, advierte que lo sucedido fue extraído de una crónica, y sitúa los acontecimientos en un año determinado:

Varias son las tradiciones populares que en Aragón se conservan, pero una de las que más boga han alcanzado entre el vulgo, acaecida casi en nuestros días, es sin duda la del barbo de Utebo.

Este acontecimiento debió tener, a no dudarlo, alguna significación que nosotros no comprendemos, pero sí es cierto que el suceso tuvo lugar tal como lo vamos a referir, cargando con la responsabilidad de la poca exactitud que en el cuento se advierte, la crónica a que en un todo nos referimos.

Dice, pues, que allá en el año 1797 hacia fines del mes de julio, los habitantes de Utebo, pueblo distante dos leguas de la capital de Aragón, tuvieron lugar de observar en fenómeno cual nunca se había visto en toda aquella comarca⁸.

Que la citada crónica y la fecha en la que tuvo lugar el suceso sean invención narrativa del autor, a fin de dar al relato veracidad, o que exista en realidad es algo que no puede asegurarse, puesto que todas las consultas que he realizado en esta dirección han sido infructuosas.

J.A. explica cómo un campesino que se dirigía hacia Castellar vio en el río Ebro un objeto que se sumergía y movía. Después de mucho cavilar empezó a pensar que se trataba de "un pescado de colosales proporciones" (p. 260). Pronto se corrió la voz del extraño suceso y todo el pueblo acudió en romería para poder ver con sus propios ojos:

(...) aquella extraña maravilla del siglo XVIII: más de doscientos ojos había fijos continuamente en el supuesto barbo, y en una de las veces que asomó lo que ellos creían una formidable boca, y quien pasando más adelante unos espantosos y afilados dientes (p. 260a)

Los utebanos se dispusieron a entrar en el río e intentar apresar al "supuesto barbo" pero "¿quién era el osado que se atrevía a acometer tan grande empresa? ¿quién se acercaba ni con mucho a tan terrible bicho?" (p. 260).

Por ello, dispusieron llamar a los Miñones, fusileros de Aragón, para que ayudaran en la empresa. El autor, que como Antonio Fernández y Rodríguez no tiene intención alguna de chancearse de los utebanos ni burlarse de ellos, da su opinión acerca de alguna que otra habladuría:

(...) algunos malévolos burlones quieren decir que también subieron una pieza de artillería, pero yo nunca lo he querido creer (p. 260)

Interprétese como disculpa o como fina ironía.

⁸ Semanario Pintoresco Español (1855), pp. 259b-260a. En adelante se cita por esta edición.

Como ocurrirá en el cuento de Mariano Baselga, también la expectación pasó a Zaragoza, resultando que al poco tiempo Utebo se vio invadido de gente que quería contemplar aquel extraordinario ser.

La descripción de la "pesca del barbo" es minuciosa y detallada: se verifica el día en que va a efectuarse; cómo los pescadores se lanzan al río; las disposiciones que se hacen por si el animal se mueve; cómo logran amarrarlo mediante maromas, hasta que, finalmente, la expectación llega al límite y con ella el chasco:

(...) había un silencio solemne y si se hubiera observado tal vez se hubiese podido oír el ruido de los latidos de tantos corazones aumentándose aquellos en número por la natural impaciencia: los que tenían las cuerdas principiaron a tirar de sus extremos y no faltó mujer que le diese una pataleta ¿para qué iba si había de asustarse? Pues señor tira..., que tira... que tira, lo que sacaron del río con extremada algaraza fue un gran MADERO, ¡aver!!!!... (p. 260a).

Sin comentario alguno por parte del autor, y simplemente actuando como cronista, J.A, explica cómo a partir de entonces los utebanos han sido blanco de burlas⁹ recordando lo sucedido, e introduce una fábula que relaciona el Parto de los Montes con lo ocurrido en Utebo, aunque dice reproducirla tal y como ha llegado a sus memorias sin declararse su autor¹⁰. En ella, partiendo del epigrama de Fedro, "Parturient Montes, nascitur ridiculus mus", autor al que hace mención, se imita la conocida fábula¹¹, añadiendo al final versos referidos a los sucesos de Utebo:

A un pueblo así de partes diferentes
a una pesca concurren varias gentes:
previenen hierros y maromas gruesas,
buzos, cebos y lanchas holandesas;
y cogen en silencio... oh maravilla!
En vez de un gran salmón, una madislla (p. 260b).

La relación entre la esencia de la fábula y el cuento, es decir, el chasco producido por la contraposición entre las expectativas y el resultado final, permite la ilación de la imitación de Fedro con la anécdota del folclore español. Tampoco en este caso puedo asegurar quién sea el autor de la fábula, si no se trata del mismo J.A., quien afirma al final del cuento que sólo ha hecho que zurcir lo recogido. Pero nada se puede asegurar acerca de qué es fruto del zurcimiento y qué de las fuentes de las que bebió el autor, si es que ocurrió de ese modo. Posiblemente tomó la tradición aragonesa y, bajo ese aire de veracidad que otorga al texto la referencia a la crónica y la reproducción de la fábula, creó su personal y propia versión del cuento.

⁹ De ello también se hace eco la literatura en forma de burlescas alusiones. Así, Alberto Casañal empieza un "Cuento baturro" del libro Baturradas, refiriendo la visita de la reina a tierras aragonesas mencionando festivamente entre los platos típicos aragoneses que probó la reina "los barbos de Utebo". Véase en Revista de Aragón, nº 1, (1900), p. 17.

¹⁰ Samaniego también creó su propia versión. Véase libro segundo, fábula XV "El parto de los Montes".

¹¹ Fedro, Fábulas, IV, 23.

J.A. conocía además la íntima relación existente entre la anécdota utebana y la madrileña, tal y como lo recuerda en las últimas palabras del cuento:

(...) pues lo mismo podrían hacer en este caso quejarse los madrileños con el cuento de su ballena: reflexionad más bien [utebanos] sobre la ligereza de nuestros antepasados, pues yo no tengo culpa en que tal suceso haya llegado a mis oídos (...) (p. 260)¹²

J.A. escribe así una versión bastante más larga que la breve de Nogués pero sin alterar ni complicar la trama que le llegó de la tradición. No actuó así Mariano Baselga al escribir su cuento "El barbo de Utebo", en 1897. El autor sigue para la creación del relato su habitual forma de reelaboración según su particular concepción del cuento popular, tal y como indicó en 1915 en el discurso pronunciado en el Ateneo de Zaragoza sobre "El cuento aragonés":

El cuento, para serlo, ha de contener una narración que o por su forma o por su fondo o por los dos elementos constructivos, sea trasunto de lo popular. Y queda dicho con esto que el cuento no ha de ser precisamente la transcripción literaria de una historieta oída al pueblo, sino que basta con que se parezca a las consejas, chistes o moralidades que el pueblo creó para su enseñanza o solaz; ni ha de ser de asunto esencialmente avulgarado y como de labriegos o pastores, sino que caben todos los asuntos siempre que el modo de tratarlos tienda a reproducir los recursos inventivos y descriptivos del pueblo, (...). Y, en fin, que el cuento, que ha sido siempre ejemplo siga siempre siéndolo, que contenga enseñanza, fruto práctico, moralidad en alguna manera¹³

Es por ello que Baselga crea personajes nuevos que protagonizan la trama del cuento, se detiene en su caracterización, en mostrar al lector cuál es su modo de actuar, cuáles sus pensamientos, en la descripción del paisaje... Pero, sobre todo, Baselga disfraza este chasco bajo la forma de engaño planificado por una joven y viuda molinera, con la intención de introducir cierta enseñanza moral. No obstante, en mi opinión, uno de los mejores logros del cuento es la creación de los diferentes personajes, que protagonizan en un modo u otro el relato, mediante brevísimas pinceladas. Además, infunde a su versión un carácter marcadamente regionalista.

El escritor divide su cuento en tres partes y se hace eco en las primeras frases de las ideas expresadas en 1915, que se acaban de reproducir. Tras comentar la común costumbre de los pueblos de crear dichos, o anécdotas, en las que se deja a los pueblos vecinos de brutos, cándidos o tontos, recuerda que en muchas ocasiones los chascarrillos tienen únicamente detrás una frase, una copla o un dicho. Además determina cuál ha sido su papel como creador del cuento:

¹² La misma vio también A. Sánchez Pérez cuando refirió ambos cuentos en un mismo capítulo en sus Cien cuentos populares españoles, Olañeta, Palma de Mallorca, 1992, nº 62.

¹³ Discurso reproducido en la edición de Cuentos aragoneses, Institución «Fernando el Católico», CSIC, Zaragoza, 1987, cuarta edición, p. 39-40 y 42.

Solo unos pocos [curiosos mitos] consienten la lectura y aprovechamiento de sus fragmentos y esto es lo que quiero yo hacer para vuestro solaz con la leyenda del Barbo de Utebo, advirtiéndole que no vayáis a hacer punto de fe de ninguno de los detalles, pues sólo el final es lo popular, y todo lo otro... vayan ustedes a adivinar de dónde habrá salido, con tanta agua como desde entonces pasó por el Ebro (p. 268)

Lo verdaderamente "popular" del cuento, es decir, el final, es la copla:

Los guapos de Monzalbarba
y los valientes de Utebo
fueron a pescar un barbo
y pescaron un madero...
(...)
Los tontos de Zaragoza
venían en coche a velo (p. 285)

José M^a Iribarren reproduce la misma con alguna que otra variante:

Los tontos de Monzalbarba
y los agudos de Utebo
juegan al Ebro de pesca
y pescaron un madero

además de recoger el dicho: "Los de Utebo, que fueron a pescar y pescaron un madero" (p. 298). Se hace eco de ambos testimonios Antonio Beltrán Martínez en su Introducción al folklore aragonés, además de reproducir la versión de Nogués y Milagro¹⁴.

Parece, pues, que a partir de esta copla, soporte de la historieta, de la que no hacen mención ni J.A., ni Nogués y Milagro, crea Baselga su particular versión del cuento, situado también cronológicamente, aunque un siglo antes de lo que hizo J.A.: a finales del siglo XVII.

Baselga inicia el cuento propiamente dicho con la descripción panorámica de Utebo, en la que se mezclan apreciaciones subjetivas, para centrarse poco a poco en el molino que había en el río, la casa del molino y, más concretamente, la molinera, que tendrá mucho que ver con el chasco, deteniéndose bastante en su descripción física y psicológica:

(...) una mocica y maciza molinera, viuda y causahabiente del postrer molinero de Utebo, colorada y sanota, tirando a hombruna con esos ánimos e interiores alientos que la Providencia sabe infundir a las viudas (...) En tanto modo habíase el Señor dignado favorecer a su sierva Petra la molinera, con estas dotes de disposición y gobierno y aun con aquellas otras de mera ejecución y fuerzas, que diré aquí como no había mujer en la comarca tan ágil y valiente ni tan forzada y aventajada en cosas de hombres¹⁵.

El narrador, que adopta desde el principio, al igual que J.A., la posición de narrador-cronista que intenta reseñar lo "verdadero", separando los "rumores" que corren por el pueblo, comenta a continuación cómo cundían

¹⁴ Guara, Zaragoza, 1979, I, p. 219 y II, pp. 11-12.

¹⁵ Mariano Baselga, Cuentos aragoneses, Institución Fernando el Católico-CSIC, Zaragoza, 1987, cuarta edición, pp. 269-270. En adelante se señalan las páginas siguiendo esta edición.

en Utebo muchas habladurías acerca de la vida amorosa de Petrica. Algunas de ellas, las peores, se debían a la imaginación de los vecinos y al mal pensar de las lenguas aldeanas. Explica a continuación qué de verdad hay en todo ello, describiendo brevemente cada uno de los rondadores de Petrica y la actitud honrada de la molinera. Inmediatamente después, presenta al nuevo pretendiente: un caballero, "que ocupaba la lugarteniecia del Baile general", y que vivía en Zaragoza, y que empezó a cortejar a Petrica muy a su gusto. Evidentemente, pronto corrió el rumor del romance:

Y he aquí que entre todos estos cien ojos y la redomada suspicacia adeana y tal frasecica hurtada por los muchachos, hízose un amasijo de historieta amorosa que, lanzada a los caminos y a las mujeres, unos y otras, grandes aumentadores de noticias, dio a la linda Petrica un sambenito más y al Baile la fama de rondador y Tenorio más rasa, impía y desatada que llevaron humanos (p. 173).

Niños y mayores se dedicaron a interrumpir los paseos y entrevistas de la pareja a fin de saciar su curiosidad. Por ello, y después de que la pareja conversara sobre el modo de solucionar el problema sin encontrar salida alguna, Petrica ideó una facecia que tendrá como resultado el chasco del barbo de Utebo aunque más complicada: una noche, la molinera se las ingenió para atar un gran madero negro y putrefacto, que había arrastrado la riada, a una enorme piedra que tiró al río y que ofrecía un temible aspecto a la luz de la luna:

(...) verdadero animal acuático que balanceaba su cabezota puntiaguda dejando relucir como verdes crines los hierbajos lacios que chorrean agua y apareciendo como narices grandes y negras los agujeros que todo madero tiene en una punta para ser trabado (...) (p. 274)

A continuación, volvió a casa y, ayudándose con un cántaro, dio "dos o tres berridos" que se oyeron en el pueblo como algo misterioso y aterrador.

Como era de esperar, al día siguiente, los vecinos del pueblo empezaron a relacionar aquel objeto extraño que se movía en el río con los berridos que se oyeron durante la noche. Petrica hizo lo mismo la noche siguiente creando tal atmósfera de terror por aquellos contornos que consiguió su propósito. Nadie molestó a la pareja en aquellos días. Sin embargo, Petrica no pensó en las consecuencias que aquello produciría en el pueblo, y que se desarrollan en el segundo capítulo.

En éste se inicia más claramente la creación del segundo personaje de trascendencia para el cuento: mosén Benito, el cura de Utebo:

(...) un hombre de muy buenas decideras, elegante predicador de la pujante clase de los circunstanciados, liberalísimo en lo de traer los lugares de las Escrituras al asunto más remoto de ellas. (p. 273)

Éste asumirá el papel de responsable de todo lo concerniente al supuesto barbo, con el fin de aglutinar en la parroquia a todo el pueblo. Porque, como los utebanos no sabían qué hacer, se convocó finalmente una reunión en la Casa Parroquial en la que, después de mucho discutir, se

acordó redactar una exposición al Virrey para que tomara cartas en el asunto. Pasaron siete días antes de que llegara contestación desde Zaragoza, que aprovechó la pareja para poder entrevistarse a su sabor y sin interrupciones a costa del desasosiego de los vecinos:

Siete días en los que aquello no era vivir ni sosegar... Aun no se echaba la niebla del río a las cuatro de la tarde cuando sonaban los lamentos más horrisonos (de argutos y estentóreos los calificaba mosén Benito en la exposición mencionada (...)) No había casa del pueblo que no se rociase dos veces diarias con agua bendita; los rellanos de toda escalera lucían en sufragio y memoria de las benditas ánimas del purgatorio (...) Los niños no salían de casa ni los grandes asomaban las narices fuera del fosil de la parroquia (...) (p. 277)

Finalmente, llegó la respuesta en la se disponía que pescaran al animal y lo enviaran a Zaragoza para ser analizado:

—Claro, lo primero es pescalo (p. 278)

dijeron en el pueblo. Entonces se dispusieron a ello, mientras algunos vecinos de Monzalbarba se chanceaban de los utebanos cantando coplas y romances sobre el famoso barbo de Utebo. La resolución final fue que algunos mozos de Utebo y de Monzalbarba pescarían el barbo al mediodía siguiente; por la tarde se celebraría una merienda fraternal, para acabar con una misa a las diez de la mañana del día siguiente oficiada por el padre Dominico de Zaragoza. El sermón sería pronunciado por mosén Benito.

Todavía debe complicarse algo más la trama en lo perteneciente a la molinera y al señor Baile. Y es que el cura recibió aquella misma tarde una carta del caballero suplicándole le visitara a la mañana siguiente en su palacio.

El señor Baile se había enamorado de Petrica pero dudaba antes de pedir su mano de la fama de la dama, y quería que mosén Benito le aconsejase sobre ello y le explicase los comentarios que corrían acerca de la molinera. Poco pudo hacer el párroco, que estuvo platicando durante una hora con el caballero sin saber qué determinación tomar, razón por la cual llegó tarde a la pesca del Barbo. Justo en el momento en el que, gracias a la audacia y fuerza de la molinera, que había conseguido aprisionar la cabeza del barbo, los jóvenes del pueblo conseguían sacar a aquel animal.

No obstante, Mariano Baselga omite la reacción de los presentes ante el chasco. Tras unas líneas de puntos suspensivos se lee el siguiente diálogo, sin saber el lector qué ha ocurrido:

—Pero no comprende su mercé que se nos van a rir?

—No, hombre, no, si no hay necesidad de decir nada de esto... Ahora se coge el madero y se tira al río y el río se lo lleva y ya se acabó el barbo.

—Pero ¿y la fiesta de mañana y los güetes y las meriendas de hoy?...

—Pues perfectamente: ahora cohetes y meriendas y mañana nuestra buena función de gracias y el que quiera saber que pregunte y, al que pregunte se le dice que el barbo tenía muchas escamas y se nos ha ido río abajo porque tenía ganas de ver a los de Zaragoza... (pp. 282-283).

Y así se hizo, reproduciendo Baselga el relato según uno de los finales que Antonio Fernández y Rodríguez daba a la tradición madrileña. Los del pueblo, engañados sin saberlo por la molinera, intentan disimular el chasco con la artimaña ideada por mosén Benito que, al fin y al cabo, era el que había movido todos los hilos.

Ya en el tercer capítulo, asiste el lector a la decepción de todos los doctores que habían llegado de Zaragoza, para analizar el "monstruo", al enterarse de que se había ido río abajo. El pueblo se llenó de carrozas y sillas de mano de gentes de Zaragoza que asistieron a la misa programada, y oyeron el sermón de mosén Benito.

El cual, después de sacar a relucir

(...) a las Musas, a las Gracias y a las más conspicuas deidades greco-latinas en torno de San Roque, San Fabián y la Virgen de la sagrada, llamó paraninfo al Arcángel Gabriel (...) (p. 284)

narró la pesca del barbo. Al mencionar a la molinera, como uno de los esforzados brazos que ayudaron en la empresa, explicó la historia de la llegada de la estatua Cibeles a España, expresamente dirigida al señor Baile. En ella señalaba cómo, cuando el barco que la conducía de Roma a España encalló, sólo la mano de una mujer casta podía hacer navegar de nuevo la nave. Claudia, mujer casta pero que había sido juzgada desfavorablemente, lo consiguió:

El Baile tragó la discretísima píldora; leyó en la metáfora cuanto le faltaba de saber y no fiándose de los arúspices ni de las Claudias, aunque tuvieran estatuas, salió de la iglesia en cuanto remató la fiesta y ya no apareció por Utebo ni supo más de él la molinera.

Y, a continuación, recuerda el narrador las coplas populares que hacen referencia a lo sucedido en Utebo, y acaba el relato.

Fiel a sus ideas literarias sobre el cuento popular, Baselga parte de la idea básica del argumento folclórico para crear una narración en la que se muestra al pueblo aragonés. Su versión, además, sigue siendo ejemplo y enseñanza, puesto que quien sale malparada de todo ello es la causante del chasco, la molinera, que es castigada perdiendo al pretendiente.

Adviértase además cómo, a pesar de que el comportamiento de los utebanos es en este cuento el mismo que en los anteriores, e incluso ha sido exagerado, en ningún momento aparecen como sandios ya que no sólo ven, sino que oyen al "monstruo". Además, después de la decepción final, salen airoso del paso gracias a mosén Benito, salvando todo lo posible, su descalabro.

Baselga hace que el chasco sea producto de un engaño maquinado por Petrica, quien, a pesar de ser presentada bajo una visión positiva, acaba pagando muy caro su plan.

El autor, además, amplía el tiempo en el que ocurren los acontecimientos por dos razones: para poder introducir toda la trama de invención propia sin sobrecargar de acciones el cuento; y, en segundo lugar,

para hacer que la reacción de los utebanos sea considerada más a su favor como candorosa en lugar de majadera.

Pero sin duda, lo que diferencia a esta versión de todas las restantes es el reflejo de lo aragonés en el cuento. J.A., a pesar de localizar el relato en Utebo y describir más o menos detalladamente la chanza, no otorga a su texto ni el carácter costumbrista, ni regionalista que lo identifique con la tierra en la que ocurren los sucesos. Baselga, sin embargo, infunde, mediante las descripciones y la presentación de los personajes, el carácter regionalista al cuento, apoyándose para ello en un lenguaje en el que se esparcen entre frases coloquiales, ciertos aragonesismos o formas dialectales, y que se ha mostrado en algún fragmento citado.

Las cinco versiones del mismo cuento folclórico estudiadas muestran cómo la misma anécdota de raíz tradicional puede atribuirse a diferentes pueblos, adquiriendo en cada caso connotaciones peculiares, o variando sorprendentemente, como en el caso de la versión recogida por Trueba.

Desde el punto de vista de la reelaboración se desprenden tres actitudes diferentes ante el chasco: la burla con intención crítica, es el caso de Trueba; el tratamiento distanciado pero dispensador de lo sucedido, como ocurre en la versión de Antonio Fernández y Rodríguez, J.A., y Baselga; o bien la pura y simple exposición del caso como ocurre en la versión de Nogués.

RESUMO

Este artigo examina cinco versões espanholas do conto-tipo AaTh 1315, *A Grande Árvore Tomada como uma Serpente*. Trata-se de um conto jocoso aplicado a pessoas “doutro” comunidade, que é evidentemente aplicável a diferentes comunidades. O “outro” adquire conotações peculiares em cada caso, variando surpreendentemente como no caso da versão recolhida em Trueba.

Face a este conto, vimos três tipos de atitude reelaboradora: gozar com o outro, narrar com distanciamento mas de modo a desculpar o tolo; ou a exposição pura e simples do caso.

RESUMO

São examinadas neste artigo cinco versões do conto-tipo AaTh 1315, *A Grande Árvore Confundida com uma Cobra*. É um conto jocoso sobre pessoas doutro comunidade, aplicável evidentemente a pessoas de diferentes comunidades. O “outro” adquire conotações particulares em cada versão, variando surpreendentemente numa delas. Podemos detectar três atitudes diferentes na reelaboração deste conto jocoso: uma de troça; outra,

distanciada mas paternalista, e uma terceira com a simples exposição do caso.

ABSTRACT

Five Spanish versions of folktale type AaTh 1315, *The Big Tree Taken for a Snake* are examined in this paper. It is a joke about people from another community, of course apliable to different communities. The "other" acquires particular connotations in each version, varying in a surprising way in one of them. We could detect three different attitudes in the reelaboration of this joke: one of making fun; another, distanced but patronizing, and a third, with the simple exposition of the case.